

UNA CRISIS FICTICIA

En París y en Nyburg (Dinamarca) acaban de celebrarse dos coloquios más en esta época de diálogos, congresos, convenciones y simposios. Época de «comunicaciones», pero de muy escasa «comunicación». El esfuerzo que hacemos para entendernos y comprendernos —aunque en nuestro país sea escaso este esfuerzo por parte de quien más debería hacerlo— todavía no ha llegado a romper la barrera —la misteriosa barrera— que nos envuelve a todos imposibilitando la verdadera comprensión mutua y la colaboración en una tarea verdaderamente humana.

La parcialidad en nuestras posturas, el móvil egocéntrico, la habilidad astuta en el trato humano y el afán avaricioso de posesión en exclusiva son las características —la mayor parte de las veces inducidas por los grupos de poder— de nuestra sociedad actual. Y con ellas no podremos entendernos en una tarea universal que tanto anhela —casi sin darse cuenta de lo que quiere— el hombre común de nuestro tiempo.

Pablo VI lo ha descrito así en el mensaje de Pascua de Resurrección: «Cuando miramos el panorama del mundo —dijo— tenemos la impresión de tener ante nosotros la visión de un mar agitado, al que amenazan todavía mayores tempestades..., siendo muy frecuentemente, y en forma flagrante, infiel a los grandes principios de solidaridad, de justicia y de paz».

Pero, pese a quien pese, el hombre necesita una esperanza. Aunque ya no se contenta con la esperanza engañosa que —según Marx dijo— suministró, y suministra todavía, muchas veces la religión. Quiere, con toda razón, una esperanza eficaz basada en la decisión irrevocable de un puñado de hombres, y de unos medios técnicos cada vez más desarrollados, que no cejan en su tesón por alcanzar esa meta. Y también el Papa —el desconcertante Montini— lo ve así: «No serán ya el egoísmo, la violencia, la indigencia, las costumbres inmorales, la ignorancia y los numerosos fallos que sufre la sociedad contemporánea los que impedirán instaurar un verdadero orden humano, un bien común y una verdadera civilización».

No queramos engañarnos, la religión confusa de los hombres —la religión histórica— no es quien ha dado el paso decisivo para superar esta situación. Es más, si ahora queremos —con una mayor conciencia de la exigencia religiosa— basarnos principalmente en ese resorte, poco conseguiremos.

Durante siglos, las Iglesias han proclamado la negatividad que lleva el hombre en sí mismo —el que más o menos míticamente se llamó pecado de Adán y Eva—, pero ha tenido que venir Freud a descubrirnos la estructura básica del ser humano, y empezar así a reconocer seriamente la complejidad de las fuerzas —pulsiones las llamó el inventor del psicoanálisis— que dialécticamente nos constituyen: la pulsión de vida y la pulsión de muerte; el amor y la agresividad.

Del mismo modo podemos decir que el conocimiento de la Creación —como acto divino— nos ilustró muy poco sobre el proceso del mundo y del hombre. Y tuvo que ser Darwin —quien con su paciente trabajo científico descubrió la evolución— el que nos aportase el gran conocimiento genético del hombre, y ayudó así a hacer luz en el desarrollo humano, permitiendo conocer mejor —gracias a discípulos como Julián Huxley y T. Dobzhansky— la estructura y los procesos dinámicos de un verdadero desarrollo realista del mismo.

Hoy vivimos el fracaso del romanticismo en el proceso individual y social del hombre. Y, diría yo: excelente desilusión, porque por primera vez nos permitirá limpiar las entretelas de nuestra confusa vista para poder mirar así con mayor realismo —y más eficacia, por tanto— lo que es el individuo que pertenece a la especie humana y su real desarrollo.

Sin duda, es meritorio que haya coloquios como estos a que aludo en este artículo. Un coloquio parisino —con participación católica y evangélica— sobre la crisis de la Iglesia. O que se dé

un paso más y se reúnan en Nyburg 150 delegados de la mayor parte de las Iglesias europeas, y que allí se desvele el sentido que el cristianismo puede dar a la construcción de un mundo nuevo, como señalaba el Pastor Crespy, diciendo: «El culto de la Iglesia no es intemporal, porque se refiere al cuidado e inquietud por el mundo, y no de una manera vaga y general, con grandes principios humanitarios, sino buscando aplicaciones concretas».

Las Iglesias allí reunidas —con asistencia de una representación católica en la persona del Obispo francés monseñor Etcheverry— se sintieron llamadas «a tomar parte en la lucha a favor del hombre y de su porvenir»; no de una manera idealista, sino concreta. Aunque surgió el problema de que «no pueden identificarse con ningún sistema político o social, pero deben, sin embargo, comprometerse —y no permanecer neutrales— cuando se encuentran confrontados con necesidades humanas y concretas y con medidas que hay que tomar para solucionarlas».

Esto es —seamos sinceros— insatisfactorio. Suena —aunque con lenguaje y actitud más actuales— a este antiguo afán, ya superado de palabra, de hacer de los creyentes unos simples papagayos de las encíclicas pontificias y de las pastorales episcopales. Es cierto que hoy ya no es sólo verbalmente como proceden los creyentes, sino con alguna actitud concreta, pero todavía ineficaz por su asepsia.

Estoy de acuerdo que eso —convertirse a un sistema político o social— no lo pueden ni deben hacer las Iglesias. Pero también es cierto que —por eso mismo— las Iglesias cada vez van perdiendo en importancia, efectivos e interés, en la consideración del hombre de nuestra naciente cultura futura, que tiene un carácter eminentemente social.

Nos damos cuenta que esa suplencia humana que las Iglesias habían ejercido durante nuestra minoría de edad cultural era sólo una «suplencia» paternalista que ya no tiene razón de ser. Y la gran institución y sus gigantescas estructuras empiezan a desmoronarse a pasos agigantados, porque quedan reducidas a una más sencilla y modesta misión.

¿Y esto es malo?, me pregunto yo como creyente.

Y creo que debo contestar lealmente que no lo considero ni malo ni catastrófico. La crisis actual de las Iglesias son crisis de superación de lo que debe terminar de una vez: de ese aparato de poder que desfigura la dinámica del cristianismo, a fuerza de organización, leyes y «aggiornamento».

El «aggiornamento» que las Iglesias necesitan es el de la simplificación, y no el de la sustitución de un clericalismo de derechas por uno de izquierdas, o el del paso del conservadurismo al progresismo. Eso sería demasiado poco, aunque exteriormente brillase mucho todavía.

Lo que queremos los hombres de hoy es aire libre para respirar; soltar amarras que ancestralmente nos han paralizado; sentirnos realmente dispuestos a vivir autónomamente fuera de toda tutela dominadora que nos empuje, sea o no religiosa. Y todo ello para conseguir un hombre que ponga en funcionamiento un verdadero mecanismo humano desarrollado sin trabas, y no un caos de contradicciones ineficaces o —por el contrario— un autómata del poder eclesiástico o civil.

El mundo eclesiástico —católico, protestante u ortodoxo— nos transmite esa sensación de crisis que ya no nos dice nada a los seglares, porque está encerrada entre las cuatro paredes de algo que se va, que desaparece. Y lo que hace falta es que el creyente —y el no creyente— descubramos a ese hombre que se avizora, y que será la única esperanza para el futuro de la Humanidad. Descubrimiento al que sinceramente podría colaborar el cristianismo si olvidara de una vez el querer «suplirlo» todo o «dominarlo» todo, poniéndose en una nueva y modesta postura de cooperación con los hombres y su cultura, y no de mando ni de presión.

MIRET MAGDALENA